

en sus asedios al Olimpo; la copia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y concluyeran los cimborrios de las montañas; el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidos como zoología litúrgica, en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grotescos muy próximos á los encontrados en las ruinas clásicas restauradas por el Renacimiento moderno; la estatua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que puedan mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides por doquier esparcidas con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanésca mazorca en que los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas, y las culebras aladas, y los barro cocidos, y los vasos lustrosos, y las pinturas históricas, y las calzadas inacabables, y los diques, y los canales, y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima, nos demuestran cuánta razón tenían los primitivos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde había patios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles en que podían albergarse no sólo ejércitos sino hasta pueblos, adoratorios capaces para los innumerables ídolos de tantas y tantas religiones como nacían y se acababan en aquellos tiempos de theúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teócratas y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcázares inmensos. Recuérdense las enormes ciudades como Tlascala, erigidas menos á la comodidad que á la defensa;

los sitios y retiros compuestos por Axayaca, en cuyas habitaciones, revestidas de tapices multicolores y adornadas con sillas de muy hermoso pulimento, cupo todo el ejército de Cortés; los edificios desmesurados en que por treinta puertas se penetraba; los jaspes y mármoles de buena colocación y brillo; los escudos blasonados con grifos y leones semejantes á los usuales entre las aristocracias europeas; los techos construídos de tablas olorosas, y las paredes cubiertas de plumas varias, y los pavimentos esterados por juncos finísimos; aquellos búcaros de frescura y fragancia que solían artistas de paciencia y artificio decorar con bellas pinturas; los simulacros de dioses liminares en patios donde bailaban durante las festividades públicas diez mil parejas; los castillos del adoratorio principal retorcidos como caracoles y entallados de piedras negras tan relucientes como pedazos de azabache; los ídolos asentados sobre unas esferas azules á que llamaban cielos y coronados con penachos de plumas prendidos á crestas de oro; los altares ornamentados como por un diluvio de piedras preciosas; las pajareras donde las aves, por su canto y por su pluma y por su procedencia, se clasificaban dentro de jaulas tan enormes que les permitían su libertad nativa; los joyeros de una riqueza como fantástica y soñada; los jardines con todas las hierbas que recetaban los médicos y pedían los dolientes al consejo de sabios botánicos muy duchos en medicina; los acueductos y encañados portadores desde Chatultepech de manantiales consagrados á difundir por aquellos verjeles y florestas alegría con abundancia; las casas de recreación circuídas de parques donde cazadores industriados por las artes de cetrería ejercitaban su agilidad y sus fuerzas; los centros múltiples en que podían á cada paso verse las ventajas de una industria muy hábil nacida de una civilización muy adelantada: toda la grandeza del mundo prehispánico reconocida por la ciencia moderna y consagrada en la Historia Universal. Mas habrán los hispanófobos de perdonarme si les digo que todo cuanto leo en sus autores más acreditados, como

Squier, Nadaillac, Río, Winner, Charnay, respecto de los edificios mayas y toltecas y aztecas y peruanos, me recuerda cuanto he leído en mis sabios amigos Layard y Oppert y Maspero tantas veces respecto de los edificios asiáticos. Hanse ya los desiertos caldeos tragado aquellas grandes capitales como si fueran las arenas oleajes oceánicos. La soledad estéril ha sido tan voraz para Babilonia como la vívida selva tropical para Palenke. Aquellos escombros en las arenas caldeadas parecen despojos, y nada más que despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruido, carbones apagados y fríos de un sol extinto. Y fueron propíleos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios mayores que las plazas más magníficas de nuestras capitales más populosas; arcos geométricamente trazados sobre portones gigantescos, tras los que aparecían pasadizos muy semejantes á cavernas; salas innumerables más ó menos adornadas, según el destino y oficio á que las apercibían y destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos y sobre puertas de bronce concluídas por su parte inferior unas en garra y otras en pezuña; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la política y con la guerra en estos colosales edificios; harenes muy reclusos en lo más oculto y en lo más interno y más recatado, para que no pudiese penetrar en ellos la sensualidad, allí tan imperiosa, despertando los celos del déspota; cien sitios diversos que constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacios muy semejantes á los antiguos de Méjico y del Perú, tan desmesurados como una ciudad cualquiera de ahora, y demostrativos, para quien ha interrogado la historia y sus secretos, de que las muchedumbres asiáticas yacían allí como siervos amontonados en interminables ergástulas. Cuanto más leo los trabajos hechos sobre americana prehistoria; cuanto más comparo los edificios de aquellas edades prehispanas tan brillantes con los edificios simbólicos de otras edades análogas en la Historia Universal; cuanto más cotejo las ruinas del Yucatán y del

Perú con las ruinas de otros sitios y de otros siglos análogos, persuádome á creer con más viva y profunda creencia que los términos de cultura simbolizados por estos fragmentos en el Nuevo Mundo se parecen mucho á las edades más célebres de Caldea y Asiria, representando un momento así en las fases casi celestes del humano espíritu tal como se desarrolla en el tiempo y en el espacio históricos. No hay en América el arado armenio, no hay el toro índico, no hay el alfabeto fenicio, no hay la nave cartaginesa, no hay el caballo persa, no hay el carro médico, no hay la vela tiria, no hay el Dios hebreo, no hay la teogonía doria, no hay la metafísica siciliana, no hay la estatua griega, no hay la numeración egipcia, no hay el arte ateniense, no hay el eclecticismo alejandrino, no hay el romano derecho, no hay el Verbo católico, no hay la personalidad ó individualidad germánicas; luego las fases del espíritu y del tiempo y del trabajo, representadas por todo cuanto sabemos de sus pueblos, corresponde con los imperios asirios, y á este gradual término del movimiento humano debemos referirlas, según su naturaleza intrínseca cotejada con todo cuanto nos han transmitido en su continua sucesión para nuestra enseñanza los pasados siglos. Una religión astronómica en la cual entraba por mucho el culto al sol y á la luz como en el sabeísmo caldeo de Zoroastro; una cosmogonía que colocaba todo el peso de nuestro planeta sobre la espalda enorme de monstruosas ballenas semejantes á la tortuga de los indios; una evaporación eterna de las almas huídas á los cadáveres hacia otros cuerpos animados por la transmigración universal; unos colegios de sacerdotes menos poderosos y más laicos que los asiáticos antiguos, colegios compuestos por tal número de gentes adscritas á los templos, que había cinco mil en el adoratorio mayor ó primero de Méjico; una cronología muy semejante á la recibida por nosotros de los pueblos astrólogos y con la particularidad única de los días llamados inútiles por no encajar bien dentro de la cuenta del año; una realeza electiva de doble aspecto religioso

y guerrero, en la cual no excluía la elección el despotismo; una grande aristocracia territorial, no exenta de cierto carácter cortesano, y más parecida en su dependencia de la corona y en el origen de sus bienes, á los sátrapas medos que á las órdenes de castas orientales; una familia muy amorosa y establecida en relaciones muy dulces y consagrada por costumbres muy buenas, pero no libre de poligamia, sobre todo entre los reyes y los nobles; una educación colectiva muy moral que inculcaba un verdadero culto á los padres en el ánimo de sus hijos, así como una esclavitud mitigadísima por los hereditarios usajes domésticos; una lengua copiosa que había llegado á la poesía y aun á la elocuencia; una escultura muy asiática, más semejante de suyo á la encontrada en los desiertos ribereños del Eufrates y del Nilo, que en los campos del Cefiso y del Alfeo; una escritura entre ideográfica y jeroglífica; todos los aspectos, en fin, de su vida, nos enseñan cómo la civilización hallada por los españoles en el continente americano, aunque autóctona é indígena de suyo, sin relación alguna conocida y testificada con Asia ó con Europa, se parece á la civilización caldea, posterior á los egipcios y á los indios, pero anterior á los fenicios y á los griegos en el desarrollo de la cultura universal. Y no quiero hablar de las víctimas humanas en los sacrificios religiosos, tan abominables, que podrían poner el mundo americano de la conquista tras el mundo con que nosotros queremos compararlo en la evolución universal, si no supiéramos cómo había recrudecido estos usajes caníbales un error de los aztecas, sobreponiéndolos á los más humanos de la gente maya, y cómo los habían disminuído en sus litúrgicas ceremonias los incas, inmoladores también de doncellas como gratas ofrendas á divinidades antropófagas. Aquella horrible ceremonia de tender un joven sobre ara de pórfido y sacarle con cuchillo de sílex el corazón del pecho para embutirlo con una cuchara de oro en la boca del ídolo, que chorreaba sangre caliente; aquella festividad siniestra del fin de cada siglo, fundada en el temor de no tornar á ver la

salida del sol, temor conjurado por la degollación de cualquier noble altísimo y selecto; aquella comunión en que devoraban la carne humana los fieles, creyendo Dios mismo el cuerpo de las víctimas degolladas en culto antropofágico, demuestran, aun siendo un retroceso en las primitivas costumbres de los pueblos americanos, cómo estaban en un término de la serie anterior al sacrificio de la virgen Ifigenia en Grecia y al sacrificio de la hija de Jepté á la vez en Judea, sacrificios luego abolidos por ideas más humanas y por leyes más progresivas en el tardo y lento desarrollo de nuestra desgraciada humanidad.

Examinando el movimiento de los siglos y las distancias enormes entre los varios términos de la evolución universal, maravíllase uno á la vista del poco tiempo empleado por las sociedades americanas en el paso desde civilizaciones muy anteriores al Cristianismo hasta las maduras y plenas civilizaciones cristianas. En dos años Cortés aportó á Méjico la cultura elaborada por el humano espíritu desde Abraham hasta Colón. Pensad los penosos tránsitos de los estados nómadas á los estables; las enormes luchas de los pueblos aspirantes á su independencia con los Faraones de todos tiempos y países; los sitios luctuosos de Troya y de Cartago; las irrupciones de africanos en Italia y de italianos en África; la fundación de Roma y Tiro tan costosas; el conflicto de Asia con Grecia, representado por Darío y Ciro, amén del conflicto de Grecia con Asia, representado por Alejandro; aquellas revelaciones de Sión en materias religiosas y de Alejandrías en materias científicas; la conquista romana y las calamidades traídas por los bárbaros á quienes comandaban Atila y Genserico; el esfuerzo que suponen las guerras por las investiduras y por las herejías y por las cruzadas y por el rescate de la España cristiana y por el conflicto entre la monarquía y el feudalismo; pensad todo esto, reconoced todo esto, medid todo esto, la cantidad incalculable de humano esfuerzo y de tiempo creador en todo ello latente, y decidme después de cuántos dolores no provenían y dimanaban aquellos frutos de

cultura conducidos por los descubridores al Nuevo Mundo y por una ley natural en la humana contingencia fecundados con tanta sangre. En política llevábamos los Estados modernos recién salidos del caos feudal; en administración, los tribunales permanentes y las Chancillerías, que generaba un profundo y mayor conocimiento del derecho romano; en milicia, los ejércitos orgánicos, muy contrapuestos á las antiguas mesnadas; en ciencias, una filosofía que comenzaba su emancipación de Aristóteles, y una astronomía que comenzaba su emancipación de Tolomeo; en artes, la arquitectura y la escultura del Renacimiento; en letras, una inspiración juvenil expresada por medio de lenguas tan sonoras como la lengua nacional nuestra, fija ya por escritores tan eximios como Garcilaso; en religión, el Cristianismo; en industria, la pólvora y la imprenta; en medios de locomoción, el barco y el caballo y el buey; en alimentos, el pan y el vino, amén de todos los ideales del humano derecho y de todas las esperanzas congénitas al espléndido alboreo del espíritu moderno. Así, ved las naciones americanas en el Centenario y comparadlas con las naciones americanas del descubrimiento. Lo que fuera en aquellos días el territorio de Chicago, lo que fuera por mil cuatrocientos noventa y tres, comparado con lo que será en mil ochocientos noventa y tres, parece un símbolo del Nuevo Mundo al minuto de su descubrimiento y del Nuevo Mundo al cuarto Centenario de tan beneficioso y providencial suceso. En los puertos, donde apenas bogaba la canoa, el barco de vapor, movido por sus propias fuerzas y emancipado de los vientos, conduciendo poblaciones enteras de pasaje y almacenando en sus bodegas productos más copiosos que los reunidos antes por todos los mercados históricos; en el suelo los pararrayos, contrastando las nubes y sus devastadoras centellas, como el vapor contrasta las olas y las corrientes; en el aire los telégrafos, que comunican á una con su red eléctrica, semejante á la red nerviosa, todos los continentes entre sí de la tierra, y el telescopio, que comunica la tierra con el cielo; no lejos de los altares antiguos, la Iglesia cristiana, hen-

chida con la idea del Dios único y aromada con el incienso de un puro idealismo; aquí las colosales máquinas que metamorfosean la materia, y allí las escuelas que pulen y abrillantan el alma; en política, las instituciones más altas y las formas de gobierno más perfectas; el Jurado popular, el comicio universal, el sentimiento religioso entregado á la espontaneidad, la prensa periódica escribiendo á cada minuto un libro para el pueblo, la democracia plena, el trabajo libre, la República. Ved á Buenos Aires cómo anima y esclarece con su espíritu ateniense la pampa, y lleva la idea humana desde la desembocadura del Plata, con esfuerzos continuos, hasta la Patagonia; ved esa culta República de Chile con su sólida estructura que le permite superar las asechanzas, así de la insolente dictadura, como de la terrible anarquía; ved esa Nueva España, ese Méjico, cada día más ordenado y más progresivo y más firme, no obstante rodearlo por todas partes el oleaje de las ideas nuevas, é impelerlo todos los vientos del espíritu moderno; ved esas naciones centrales del Continente asentadas en el istmo, despidiendo cánticos exhalados por los coros de los poetas; ved esas Universidades americanas en la elaboración incesante de ideas; ved esas ciencias que dominan todos los problemas y educan las generaciones en el ideal; ved el derecho vivo en la realidad, y decidme si hay razón ó no para bendecir el descubrimiento y celebrarlo como una de las mayores bienaventuranzas de la Humanidad y como uno de los timbres más gloriosos de la Historia. Cuando se ven los monumentos imperiales, por grandes que aparezcan, por bellos que sean, por poesía y arte que tengan, el pensamiento no puede, no, desasirse á la consideración de que los han levantado siervos con el grillo al pie, para que los sacerdotes de la superstición ungieran los déspotas monstruosos y adoraran los fetiches antropófagos, entre ríos de sangre humana, ofrecida, cual holocausto litúrgico, en banquetes de caníbales celebrados á manera de una comunión religiosa; y vuelve los ojos al Capitolio de Washington, iluminado por los resplandores del Evangelio,

donde resuena el Verbo de la democracia; con el rayo de los dioses antiguos apagado en sus aras; con las cadenas del siervo pendientes de aquellas paredes sacrosantas; con el éter de todas las ideas en sus espacios; no puede sino sentir las esperanzas más optimistas y asociarse al *Te Deum* del progreso elevado allí por todo cuanto os rodea en mudo himno al Dios de la libertad. Y como el descubrimiento de América sea la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallen todos estos progresos unidos, no será mucho creer que, un día ya cercano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo alcancen mayor conocimiento de todo cuanto deben á quienes les llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso á la madre histórica suya, nuestra España, como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DE COLÓN.

**E**VOCAMOS aquí ahora un hombre por todo extremo extraordinario, á quien pudiéramos denominar, en las riquezas adjetivas de nuestra lengua, hombre singularísimo; evocamos á Cristóbal Colón, quien aparece hoy á nuestros ojos en lo alto de la tierra por él invenida, cual en los cuadros litúrgicos el Eterno sobre toda su Creación. Cierto; habiendo encontrado y descubierto América, ni supo la importancia y extensión del hallazgo, ni quiso el hado ciego que le pudiera dar su nombre inmortal, prestado á la joven tierra por un dependiente suyo, por un piloto de orden secundario. Pero, en desquite de esto, deja entre sombras, por los segundos términos de la fama, fuera del altar suyo único, lejos de su gloria universal, á los demás descubridores y nautas, cuyos nombres las crónicas de los descubrimientos guardan en sus preciosos anales. El primer nómada que se apartó de los ríos y se internó en las arenas del desierto; la primera navecilla confiada por el atrevimiento humano á las ondas hirvientes; el explorador fenicio que recalara en Cartago; el taimado heleno, constreñido á huir de los escollos, contra cuyas estrías los esquifes se rompen, y á taparse ojos y oídos